A watercolor illustration of a landscape. The top part shows blue and grey mountains under a light sky. Below the mountains is a wide, flat area with warm orange and yellow tones, suggesting a field or plain. The foreground is dominated by green and dark green brushstrokes, representing trees or dense vegetation. The overall style is soft and painterly.

Antonio Machado

YO VOY SOÑANDO CAMINOS

Ilustraciones de
Leticia Rui Fernández

Selección, introducción y notas de
Antonio Rodríguez Almodóvar

Epílogo de
Julio Llamazares

Nórdicalibros

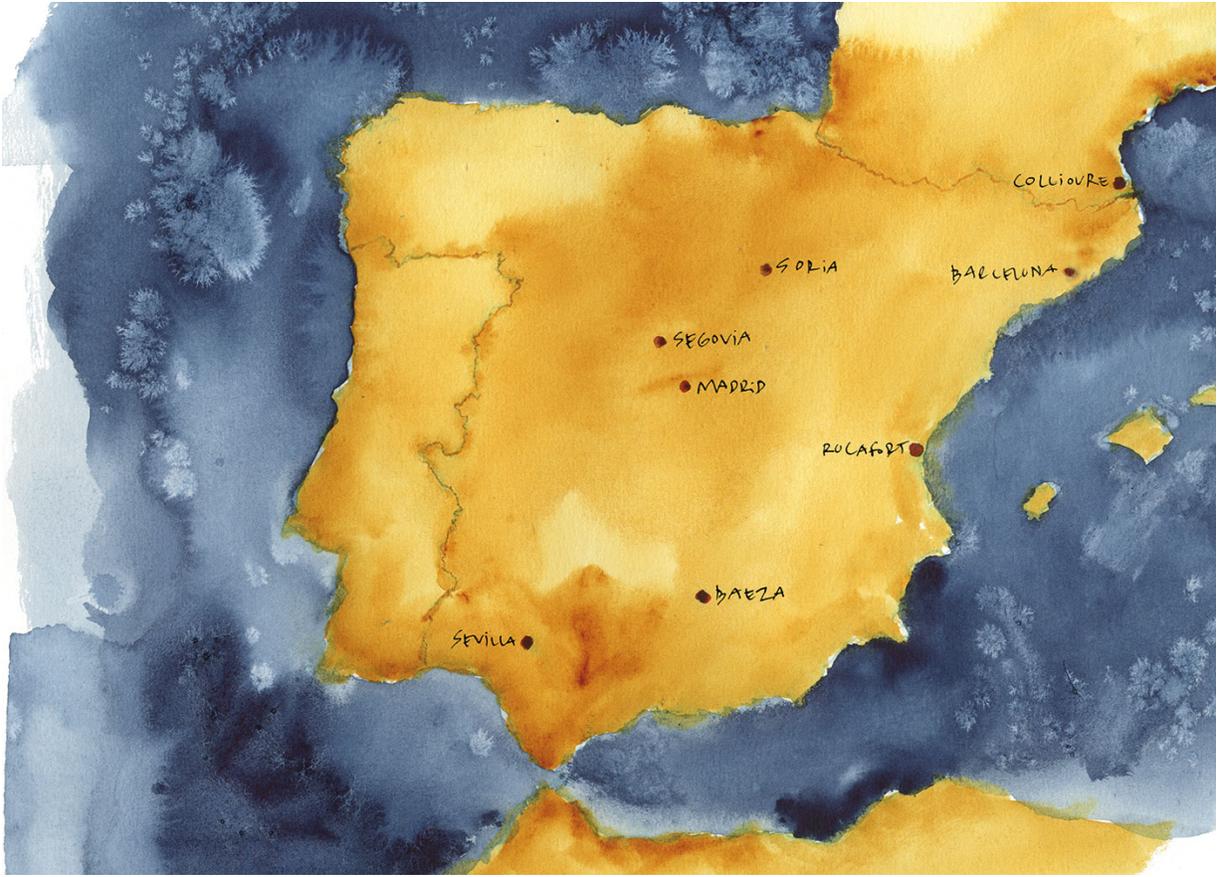
Antonio Machado

YO VOY SOÑANDO CAMINOS

Ilustraciones de
Leticia Ruifernández

Selección, introducción y notas de
Antonio Rodríguez Almodóvar

Epílogo de
Julio Llamazares



YO VOY SOÑANDO CAMINOS, INTRODUCCIÓN

Agradezco al editor, Diego Moreno, y a Leticia Ruifernández, autora de las maravillosas acuarelas que fundamentan este libro, la oportunidad que me brindan de acompañar esta edición con la selección de textos y los comentarios que hago a pie de página; ambas aportaciones, a plena libertad y con todo el respeto debido a lo que Machado realmente dijo y escribió. Subrayo esta condición, porque al bueno de don Antonio, ahora que se han liberado sus derechos de autor, seguro que le esperan muy variados acomodos, cada cual tirando de él para su causa —como por desgracia ya hemos visto en los últimos tiempos, mediante citas y apropiaciones indebidas—.

Sé bien que no hay proceso de escritura que no esté teñido de subjetividad y asumo la parte que aquí me corresponda, consciente o inconsciente. En cualquier caso, se deberá a la torpeza con la que vengo aplicando a la poética machadiana un punto de vista que quiere tener en cuenta aquellas ideas incómodas que también constituyen su universo simbólico. Un universo lleno de paradojas y de expresiones aparentemente contradictorias —subrayo lo de *aparentemente*—, que explican, aunque no justifican, las

diferencias de interpretación que se dan entre quienes no lo entienden o no lo quieren entender. Pondré dos ejemplos notorios.

Hasta el estupor, y la indignación, hemos oído citar los célebres versos machadianos «Caminante, no hay camino / se hace camino al andar» (etcétera), en las más diversas proclamas y por los más variopintos personajes, desde presidentes de gobierno conservadores hasta líderes de sectas religiosas. Todos ven en ellos una especie de salvoconducto para sus proyectos de nuevas empresas, nuevos liderazgos y seguidores nuevos. Pues bien, Machado lo que dice es todo lo contrario: que no es posible abrir un camino que puedan seguir los demás. Basta con leer un par de versos más abajo: «Al andar se hace camino, / y al volver la vista atrás / se ve la senda que nunca / se ha de volver a pisar. / Caminante, no hay camino, / sino estelas en la mar». Curiosamente, a esa parte nunca llegan los tan fervientes como insólitos admiradores que le han salido a don Antonio últimamente. Y no es *peccata minuta* que quienes se acogen a dicha interpretación más parecen estar evocando el periodo más odioso de nuestra historia, aquel que precisamente vivió y padeció Machado, cuando nuevos líderes de multitudes llevaron a España y a toda Europa a sus peores registros de violencia y muerte.

Otro caso, que roza el escalofrío —sobre todo para un sevillano no sevillanista, como el que suscribe—, es el de la *saeta* de Machado. Año tras año, venimos escuchando en la famosa Semana Santa versiones, a todo tambor y trompeta, de la partitura de Joan Manuel Serrat, acompañando a los muchos cristos que salen en procesión. No parece que

ningún cura o preboste haya reparado en lo que verdaderamente dice Machado, justo en el remate de la composición, que es donde se concentra el sentido: «¡Oh, no eres tú mi cantar! / ¡No puedo cantar ni quiero / a ese Jesús del madero, / sino al que anduvo en el mar». En una sola estrofa, Machado desbanca la abstrusa teología de la salvación, pero eso no parece interesar a los fieles. Tampoco quiere ello decir que el poeta niegue la importancia de Cristo, pues se la dará en otros lugares de su obra (generalmente asociada a Sócrates), pero no desde luego en su *saeta*.

Suelen apoyarse esas lecturas interesadas, o simplemente superficiales, en el hecho de que el autor de *Soledades* y de *Juan de Mairena* —dos cuñas de la misma madera— es uno de los escritores más complejos e inquietantes del panorama literario español, en su doble condición de poeta y filósofo. Gracias a la facilidad y al placer con que se lee, muchas veces no se perciben los verdaderos desafíos que plantea a la mentalidad dominante, e incluso a lectores avezados en su obra. El hecho es que ideas preconcebidas, prejuicios y convencionalismos de todo tipo, saltan por los aires en cuanto uno se fija en lo que quiere decir tal o cual estrofa o párrafo. Veán, si no, el siguiente breve muestrario de disidencias, heterodoxias y otras proposiciones a contrapelo de don Antonio.

Por seguir con nuestro último ejemplo, en materia religiosa, que ha producido ingentes cantidades de exégesis, empeñadas en demostrar que Machado era creyente —si bien un tanto *sui generis*—: «Honremos al Señor que hizo la Nada / y ha esculpido en la fe nuestra

razón». «El Dios que todos llevamos, el Dios que todos hacemos, / el Dios que todos buscamos / y que nunca encontraremos». «[...] y más: razón y locura / y amargura / de querer y no poder / creer, creer y creer!» . «[...] y soñé que Dios me hablaba. / Después soñé que soñaba». «Quien habla solo, espera hablar a Dios un día». (Subrayo la preposición *a*, donde cabía *con*, para señalar que no hay esperanza de reciprocidad en ese deseado diálogo). «El Cristo —decía mi maestro— predicó la humildad a los poderosos. Cuando vuelva, predicará el orgullo a los humildes. De sabios es mutar de consejo». Tras la muerte de Leonor: «Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería. / Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar. / Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía. / Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar». (El mar, en Machado, es símbolo de lo desconocido).

En materia amorosa (y su correlato dialéctico, la muerte), objeto también de innúmeras interpretaciones: «Todo amor es fantasía. / Él inventa el año, el día / la hora y su melodía. / Inventa la amada y más: / no prueba nada contra el amor / que la amada no haya existido jamás». (Esto lo dice en plena exultación de sus relaciones clandestinas con Guiomar). «Te quiero para olvidarte, / para quererte te olvido». «En el corazón tenía / la espina de una pasión. / Logré arrancármela un día, / ya no siento el corazón». «Huye del triste amor, amor pacato / sin peligro, sin venda ni aventura, / que espera del amor prenda segura, porque en amor locura es lo sensato». Y todavía, con respecto a la muerte de Leonor: «Dice la esperanza: «un día / la verás, si bien esperas». / Dice la desesperanza: / «solo tu amargura

es ella». / Late, corazón... No todo / se lo ha tragado la tierra».

La poética machadiana es en buena medida una poética del tú y del diálogo, en urgente necesidad del otro, frente a la poética solipsista de la tradición española: «En mi soledad, he visto cosas muy claras / que no son verdad». «Busca tu complementario, / que siempre marcha contigo / y suele ser tu contrario». «Mi soliloquio es plática con este buen amigo / que me enseñó el secreto de la filantropía». «¿Tu verdad? No, la verdad, / y ven conmigo a buscarla. / La tuya, guárdatela». «Mi sentimiento no es, en suma, exclusivamente mío, sino más bien nuestro».

Sobre el pensar y el sentir, la racionalidad y el racionalismo, la dialéctica y la metafísica, partiendo de una base kantiana, en tanto que el ser no puede ser racionalizado: «El pensamiento, ni lógico ni metafísico, sirve para conocer». «El ser y el pensar, no coinciden ni por casualidad». «Confiemos en que no será verdad / nada de lo que pensamos». (El propio Machado dio por exagerada posteriormente esta afirmación). «Es el mejor de los buenos / quien sabe que en esta vida / todo es cuestión de medida: / un poco más, algo menos». «La razón analiza y disuelve». «El pensar metafísico especulativo es por su naturaleza antinómico, pero la acción, y la poesía lo es, nos obliga a elegir provisionalmente uno de los términos de la antinomia». (Machado se anticipa aquí a los poetas comprometidos que vendrán después). Habla Mairena: «Nosotros solo combatimos, y no siempre de un modo directo, las creencias falsas, es decir, las incredulidades que se disfrazan de creencias».

En materia política: «Desde el punto de vista teórico, yo no soy marxista. Veo, sin embargo, con entera claridad, que el socialismo, en cuanto supone una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la abolición de los privilegios de clase, es una etapa inexcusable en el camino de la justicia». «Un anarquista verdadero puede ser un santo». «Dos grandes potencias [Inglaterra y Francia] se propusieron eliminarla. Los españoles pensamos ingenuamente que la España propiamente dicha, no la que se vendía, tendría de su parte a dos grandes imperios. No fue así. Ambos concertaron la fórmula de no intervención, con la participación de sus adversarios. Ya es voz unánime de la conciencia universal que el pacto de no intervención en España constituye una de las más grandes iniquidades de la historia». (Escrito en *La Vanguardia*, el 3 de mayo de 1938. Machado se mantuvo fiel a la República, de principio a fin, entre los intelectuales de su generación. Fue el único que se sacó carnet de un partido político democrático, Izquierda Republicana —el partido de Azaña—, en plena conflagración: marzo de 1937).

Sobre la sabiduría popular. Antonio Machado aprendió de su padre, Antonio Machado Álvarez, Demófilo, y de su abuela Cipriana, un enorme respeto y amor por el saber profundo de la gente sencilla, por el «*folk-lore*», entendido como un acarreo de sabiduría popular que la cultura escrita no podía ignorar. «Si vais para poetas, cuidado vuestro folklore, porque la verdadera poesía la hace el pueblo. Entendámonos: la hace alguien que no sabemos quién es, o que en último extremo podemos ignorar quien sea, sin el menor detrimento de la poesía». «Pero hemos de

acudir a nuestro *folklore*, o saber vivo en el alma del pueblo, más que a nuestra *tradición filosófica*, que pudiera despistarnos». «Pensaba Mairena que el *folklore* era cultura viva y creadora de un pueblo, de quien había mucho que aprender, para poder luego enseñar bien a las clases adineradas». Esto último, aunque parece ironía, no lo era.

Resumiendo muy mucho, podríamos decir que Machado es anticlerical pero no indiferente en materia religiosa; antiesencialista pero tampoco materialista, al menos en sentido marxiano; antiidealista pero no racionalista. Y en la cumbre de sus posiciones antidogmáticas: «No toméis demasiado en serio —¡cuántas veces os lo he de decir!— nada de lo que os diga. Desconfiad sobre todo del tono dogmático de mis palabras».

En su implacable búsqueda de la verdad, Machado es, pues, implacable consigo mismo y con la necesidad de comprender lo distinto. «Nunca estoy tan cerca de pensar una cosa que cuando escribo la contraria»; y por eso elige la poética simbolista en gran parte de su obra: «Da doble luz a tu verso, / para leído de frente y al sesgo», de modo que pueda alumbrar más de lo que dice —esto debió de aprenderlo también de la cultura popular, y más concretamente de los cuentos orales, cuya principal virtud es hablar de algo más que de lo que cuentan—; lo que no permite esa poética es que se extraiga una lectura sesgada y que haya quien se aproveche de los símbolos machadianos para interpretarlos a su modo y despena.

¿Por qué *Yo voy soñando caminos*?

El título elegido para esta antología ilustrada, que sigue la ruta vital del poeta (Sevilla, Madrid, Soria, Baeza, Segovia,

otra vez Madrid, Valencia, Collioure)[1] se debe precisamente a esta última reflexión. Esa doble luz de sus versos está indicando que el camino es una forma doble del pensamiento, como algo que se descubre al andar y otro algo que se sueña. Solo así podría abordarse qué quiere decir este otro fundamental aforismo machadiano:

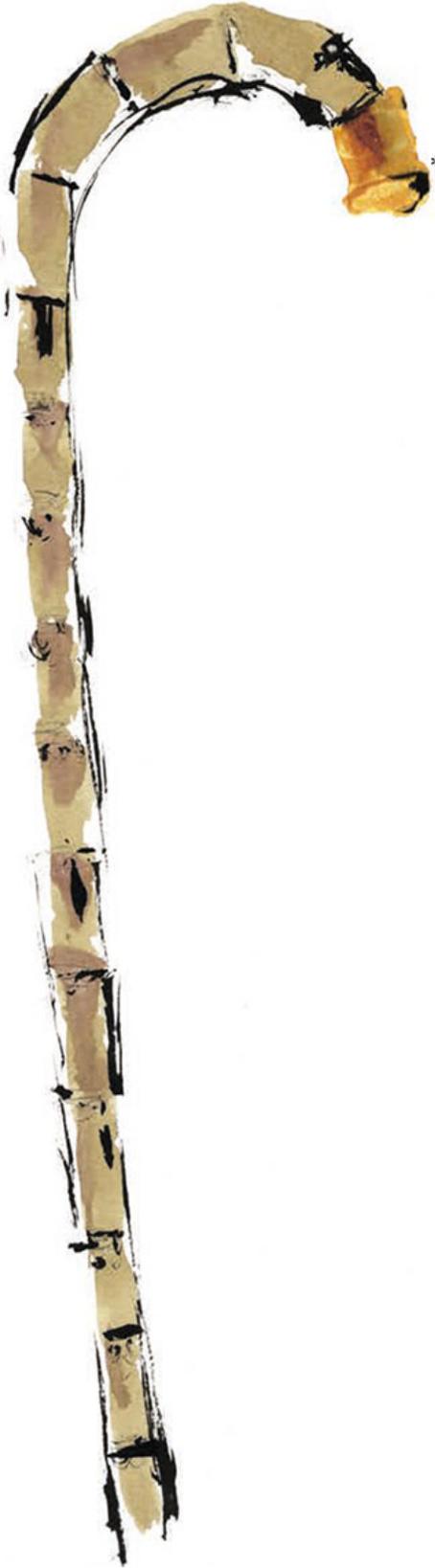
*Entre el vivir y el soñar
hay una tercera cosa:
adivínala.*

ANTONIO RODRÍGUEZ ALMODÓVAR
Sevilla, marzo de 2020

[1] A causa de la pandemia no se pudo ilustrar en su momento el paso del poeta por Barcelona.

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!...
¿Adónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero...
—La tarde cayendo está—.
«En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
ya no siento el corazón».
Y todo el campo un momento
se queda, mudo y sombrío,
meditando. Suena el viento
en los álamos del río.
La tarde más se oscurece;
y el camino que serpea
y débilmente blanquea,
se enturbia y desaparece.
Mi cantar vuelve a plañir:
«Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada».

(Soledades, XI)



* Esta imagen está tomada directamente de la exposición «Los Machado vuelven a Sevilla», que tuvo lugar en esta ciudad, entre el 25 de febrero y el 24 de mayo de 2019, en la sede de la Fundación Unicaja, que custodia un importante número de manuscritos y objetos de los dos poetas.

Tras la muerte de Antonio, este bastón quedó en poder de Manuel Machado, que lo recogió en Collioure. Luego pasó a manos de Francisco Machado, el hermano menor, y de ahí pasó a los herederos actuales, que lo cedieron para la exposición.

Solo la muerte pudo separar a Machado de su bastón.